

JACULATORIAS. — Haced, Señor, que yo me ajuste bien á aquella piedra angular de donde fui cortado. (*Isai. 51.*)

¡Oh si aviváseis siempre en mí la emulacion de los santos! (*Galat. 4.*)

### PROPOSITOS.

1 Es el ejemplo una leccion muda, pero convincente, que á un mismo tiempo demuestra la verdad del precepto, la posibilidad de su ejecucion, la debilidad de los estorbos, y el mérito de la accion. No hay cosa mas elocuente que el buen ejemplo, porque los hombres creen mas á sus ojos, que á sus oidos. Ni es fácil disminuir la impresion que hace su fuerza. El ejemplo autoriza el vicio, ó introduce la virtud. Una buena vida es instruccion eficaz para todo género de gentes. Presto se convertiria ó reformaria el mundo, si los que ocupan puestos elevados diesen buen ejemplo. Toma desde luego la resolucion de imitar los ejemplos de los buenos, y de dar tú tambien buenos ejemplos. Trae á la memoria las cristianas costumbres, el porte ejemplar y las virtudes mas visibles de aquellos sugetos ajustados y ejemplares que conoces. Muchas veces te ha edificado aquella modestia, aquella circunspeccion de tal y tal persona, aquella compostura, aquella gravedad de acciones y de palabras, aquella devocion con que se le ve en la iglesia, aquella moderacion, aquella prudencia en varios lances y ocasiones. Te hechiza la virtud, el juicio, la caridad de aquella señorita jóven, y confiesas que aquel caballero, aquel eclesiástico, el otro religioso dan grande ejemplo en el pueblo. Pues dite á tí mismo lo que se decia á sí propio S. Agustin: *Et tu non poteris quod isti et istæ?* ¿Pues qué no podré yo con la divina gracia lo que estos y estas pueden? ¿acaso intereso yo menos en mi salvacion que ellos en la suya? ¿profeso otra religion? ¿espero otro premio? Viste un acto de virtud en aquel mancebo; fuiste testigo por casualidad, de la caridad con que la otra señora principal asistia á los pobres en las cárceles y en los hospitales: pues en llegando á casa, cuenta lo que viste delante de tus hijos y en presencia de tu familia. Ya que suele haber tanta exactitud, y á veces tanto hipo por desembuchar cuanto antes los defectos del prójimo que se han visto, ó se han oido, no seas menos zeloso, ni menos puntual en referir los ejemplos de virtud que han llegado á tus ojos ó á tu noticia. No es fácil dar lecciones que sean mejor recibidas, ni mas eficaces. ¡Buen Dios, cuantas murmuraciones, ó á lo menos, cuantas conversaciones menos cristianas y menos caritativas se escusarian con la relacion de estos sucesos edificativos!

2 Pero no basta que te propongas por ejemplar las virtudes de los buenos, es menester que tú mismo te esfuerces á servir de ejemplar y de modelo. Mira si tus hijos, tus criados y tus amigos tienen motivo para edificarse mucho de tu porte; si tus hijas pueden aprender de tí modestia, compostura, devocion, desprecio de las vanidades del mundo, amor al retiro y aprecio de la religion. Mira si los que te tratan familiarmente pueden sacar de tu trato lecciones para vivir arreglados, contenidos, devotos, caritativos y ejemplares. Pocos hay, segun el pensamiento de san Pablo, que no puedan y no deban ser predicadores mudos. Los que están en mayor elevacion tienen mayor auditorio, y pueden predicar á mas. Es santa y admirable costumbre decirse cada cual á sí mismo al entrar ó salir de casa, cuando concurre con otros, ó cuando está entre su familia: Ea, que voy á predicar: mis palabras, mis acciones, mis modales, todo cuanto en mí se observare y se notare, ha de servir de sermon.

### DIA XIV.

#### MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES TIBURCIO, VALERIANO Y MÁXIMO, en Roma en la via Apia, en tiempo del emperador Alejandro y del prefecto Almaquio; los dos primeros convertidos á la fe católica por las exhortaciones de santa Cecilia, y bautizados por S. Urbano papa; y confesando á Jesucristo, fueron azotados con manojos de varas y por último degollados: Máximo, que era ayuda de cámara del prefecto, movido con la constancia de estos mártires, y confirmado con una vision angélica creyó en Jesucristo, y por esto le azotaron con plumadas hasta que entregó su alma al Criador. (*Véase su historia en este dia.*)

SAN PRÓCULO, obispo y mártir, en Terni.

SANTA DOMNINA, virgen y mártir, tambien en Terni, la cual fué coronada del martirio con otras virgenes compañeras suyas.

SANTA TOMAIDES, mártir, en Alejandria.

SAN ANDALION, comediante, en el mismo dia, el cual estando en el teatro haciendo escarnio de los sagrados misterios y ceremonias de los cristianos, se convirtió repentinamente á Dios, confirmando su conversion no solo de palabra, sino tambien con su propia sangre.

SAN LAMBERTO, obispo y confesor, en León de Francia.

SAN FRONTON, abad, en Alejandria, cuya vida fué gloriosa en santidad y milagros.

SAN ABUNDIO, sacristan de la iglesia de S. Pedro, en Roma.

## SAN TIBURCIO, VALERIANO Y MÁXIMO, MÁRTIRES.

ERA Valeriano un joven caballero romano, que cautivado de la extraordinaria hermosura y raro mérito de Cecilia, se declaró pretendiente de su mano, poniendo en práctica cuantos medios el sugirieron su amor y su pasión para merecerla por esposa.

Asustaron á Cecilia las diligencias de Valeriano, porque siendo ocultamente cristiana, sin que lo hubiesen llegado á entender aun sus mismos padres, habia consagrado á Dios su virginidad desde el dia en que recibió el bautismo. Mientras tanto se concluyó el tratado, y se señaló el dia de la boda. En estos apurados términos recurrió Cecilia á la oración, al ayuno, al silicio y á otras muchas penitencias, mereciendo que el Señor se rindiese á sus lágrimas, y oyese benignamente sus deseos. Efectuóse el matrimonio, y se celebró la boda con ostentacion y regocijo; pero animada Cecilia de una viva confianza en la bondad del Señor, y en el poder de su omnipotente brazo, hallándose sola con Valeriano, le habló de esta manera: *Yo tenia un secreto muy importante que comunicarte, con tal que me jures que á ninguno se lo has de revelar. Yo te lo juro*, respondió Valeriano. *Pues sábeta*, continuó la Santa, *que tengo en mi compañía un ángel del Señor, guarda fiel de mi virginidad; y lo mucho que te amo me obliga á prevenirte, que si no me correspondieres con un amor puro y casto, serás funesto despojo de su ira; pues te costará infaliblemente la vida cualquiera licencia ó libertad menos honesta que quisieres usar conmigo.*

A los principios enmudeció sorprendido Valeriano; pero volviendo en sí, y comenzando á hacer su efecto la gracia, la dijo: *Si quieres que te crea, hazme ver á ese ángel que te guarda, porque mientras no debiere á mis ojos el desengaño, me persuadiré á que tienes puestos los tuyos en otro hombre con agravio de mi fineza y de mi honor. Házlo*, respondió la Santa; *pero antes es menester que te laves en cierto sagrado baño, sin cuya diligencia no es posible ver al ángel que me defiende.* Creciendo mas y mas en Valeriano la ansia de ver al ángel, le preguntó donde estaba aquel misterioso baño, y qué diligencias debia practicar para ser admitido en él. *Ve*, dijo Cecilia, *hasta tres millas de aquí por la via Apia, y encontrarás ciertos pobres á quienes yo tengo costumbre de dar limosna: llévalos esta de mi parte, y pídelos que te conduzcan adonde está el santo viejo Urbano, el cual sabe el secreto del divino baño, te instruirá, y te pondrá en estado de que veas á mi ángel.*



S. TIBURCIO VALERIANO  
MAXIMO MRS.

Partió al punto Valeriano : vióse con el santo papa Urbano, y quedó presto instruido en todo el misterio. Supo que Cecilia era cristiana, y que el sagrado baño, que le haria capaz de ver á los santos ángeles, era el bautismo de los cristianos. Pidióle con instancia; y deteniéndole el santo pontífice siete dias para instruirle en los misterios de la fe, le administró el santo bautismo, y le despachó á su casa.

Apenas entró en ella cuando se encaminó al cuarto de Cecilia, abrió la puerta, y vió que estaba en oracion de rodillas con un ángel á su lado, cuyo semblante era mas resplandeciente que el sol, y tenia en su mano dos guirnaldas tejidas de rosas y azucenas de esquisita hermosura, que exhalaban una celestial fragancia. Dió el ángel á cada uno de los dos su guirnalda, diciéndoles al presentarlas, que era regalo del Esposo de las vírgenes, como prenda de la corona eterna que les disponia en el cielo; y dirigiendo despues la palabra al neófito Valeriano, le dijo : *Pues has resuelto ser vírgen como tu casta esposa, me ordena Dios te diga de su parte, que le pidas lo que quisieres, porque está pronto á concedértelo.* Al oír estas palabras se postró en tierra Valeriano, y exclamó diciendo : *¡ Ah Señor ! la gracia que os pido es la conversion de mi hermano Tiburcio, porque siempre nos hemos amado tiernamente los dos ; y así haced que logre la misma dicha que yo. No podias pedir cosa mas agradable al Señor,* respondió el ángel, *que la conversion de tu hermano, y su Majestad te la ha concedido.* Dicho esto desapareció.

No bien habian acabado su oracion los dos esposos Valeriano y Cecilia, colmados de un gozo celestial, y rindiendo al Señor mil bendiciones de gracias, cuando entró Tiburcio en el cuarto, y sintiendo la fragancia, preguntó, de dónde podia nacer aquel suavísimo olor de rosas y azucenas, no siendo tiempo de ellas : *A mí me debes ese gusto,* respondió Valeriano sonriéndose : *ahora no percibes mas que el olor ; pero en tu mano está tener tambien una guirnalda de azucenas y de rosas, como yo la tengo.* Y echándole los brazos al cuello trasportado de alegría, añadió : *Sábeta que soy cristiano, y espero que presto lo serás tú tambien.* Contóle despues todo lo que le habia pasado, y pidió á Cecilia que le esplicase brevemente los misterios de nuestra religion. Como la gracia obraba poderosamente en el alma de Tiburcio, abrió los ojos á la verdad, y exclamó diciendo : *¿ Pues qué es menester que yo haga ? Es menester,* respondió la Santa, *que sin la menor dilacion busques al santo pontífice Urbano, para que te instruya, y recibas de su mano el santo bautismo.*

No se puede explicar el gozo que recibió el santo pontífice

cuando vió á Tiburcio postrado á sus pies, pidiendo le hiciese cristiano. Era Tiburcio un jóven de gallarda disposicion, de nobles y muy despejadas potencias, de singular vivacidad, y de una intrepidez increible. Detúvole S. Urbano algunos dias en su compañía para catequizarle; y habiéndole despues administrado el santo bautismo, le volvió á enviar á su casa lleno de alegría, y tan abrasado en ardiente zelo por la religion, que ya todo su anhelo era dar la vida en defensa de ella.

No fué estéril ni ociosa la conversion de los dos santos hermanos: los pobres sintieron presto su efecto, pues muchos se vieron libres de sus miserias con sus cuantiosas y caritativas limosnas. Pero su caridad y su misericordia se esplicó principalmente, así en dar sepultura á los cuerpos de los santos mártires, que morian durante la persecucion; como en consolar y alentar á los que estaban encarcelados en odio de la fe.

No podia dejar de hacer gran ruido en la ciudad una virtud tan sobresaliente en personas de aquella edad, de aquel mérito, y de aquella calidad. Llegando á noticia de Almaquio, prefecto de Roma, y grande enemigo de los cristianos, mandó comparecer ante su tribunal á los dos santos hermanos. Y habiéndose presentado: *Admirado estoy*, les dijo, *que unos hombres de vuestra distincion se hayan mezclado con esos miserables cristianos, aborrecidos y despreciados de toda la tierra. ¿Es decente á personas de vuestra calidad juntarse con esa canalla? Si quereis hacer bien, ¿faltarán pobres honrados en quienes espendais vuestras limosnas?*

*Bien se conoce, Señor*, respondió Tiburcio, *que conocéis poco á los cristianos. Solo el título de siervo del verdadero Dios, en la única religion verdadera, vale mas que todas las riquezas y toda la nobleza. Hasta ahora no ha habido en el mundo pueblo tan discreto, nacion tan prudente como la de los cristianos. Ellos desprecian lo que parece algo á los ojos de los hombres, y en la sustancia es nada; y ellos estiman lo que parece nada á nuestros ojos, y es todo en la sustancia. Y bien*, replicó Almaquio, *¿qué viene á ser eso, que en sí es nada aunque parece algo? Este mundo*, respondió Tiburcio, *que solo es una figura fugaz y pasajera; esas honras vanas de que se apacientan los mundanos; ese fantasma de gloria, esa quimérica felicidad de esta vida, tras la cual tan ciegamente se corre. ¿Y cuál es la otra cosa*, le preguntó Almaquio, *que pareciendo nada á nuestra vista, en la realidad vale por todo? Es la vida eterna*, respondió Tiburcio; *aquella vida feliz para las almas justas, que no tiene fin; y aquella vida miserable para los pecadores, que jamás se acaba. ¿Quién te enseñó*

*todos esos sueños y delirios? le volvió á preguntar Almaquio. No los llames así*, dijo Tiburcio; *llámalos verdades eternas, y te responderé que me las enseñó el espíritu de mi Señor Jesucristo. ¿Quién fué el que te llenó la cabeza de tantos disparates? insistió otra vez el prefecto: ¿cuanto tiempo ha que loqueas, que perdiste el juicio, y que diste en esas extravagancias? Con vuestra licencia, señor*, respondió modestamente Tiburcio, *la locura y la extravagancia es adorar por Dios á una estatua de piedra, ó de madera: la extravagancia y la locura es preferir un puñado de dias llenos de trabajos, cuidados y amarguras, á una felicidad llena y eterna. Cuando yo vivia ciegamente en el error en que vos estais ahora, entonces sí que era verdaderamente loco y extravagante; pero despues que mi Señor Jesucristo me abrió los ojos por su infinita misericordia, discurro con juicio, y hablo con prudencia. Segun eso tú eres cristiano*, replicó el prefecto. *Si señor*, respondió Tiburcio, *esa dicha tengo, y me precio mucho de ella.*

Irritado Almaquio de unas respuestas tan firmes, tan animosas y tan prudentes, mandó arrestar á Tiburcio; y volviéndose á Valeriano, le dijo: *Ya ves que tu pobre hermano ha perdido la cabeza. Mucho os equivocais, señor*, respondió el Santo; *nunca le he visto con mayor juicio. A lo que veo*, replicó Almaquio, *tan loco estás tú como él: en mi vida he visto mayor extravagancia. No siempre hablareis ni discurriréis de esa manera*, respondió Valeriano; *algun dia conoceréis, aunque tarde, que la mayor de todas las locuras era creer que unos hombres embusteros, malvados y deshonestos en vida se convirtiesen en dioses despues de muertos. ¿Qué idea formais de la Divinidad? ¿puede imaginarse que hay mas que un Dios quien no haya perdido el uso de la razon? ¿hay en el mundo extravagancia mas risible que esa multitud de dioses y de diosas?*

No sabiendo Almaquio qué responder, entró en una especie de furor; y sin respetar la ilustre calidad de los dos santos confesores, los mandó apalear tan cruelmente, que faltó poco para que espirasen en aquel suplicio. En medio de él se les oía exclamar llenos de fervorosa alegría: *Seais, Señor, eternamente bendito por la gracia que nos hacéis de que derramemos nuestra sangre por vos, que os dignasteis redimirnos derramando primero la vuestra.*

Llevaron despues á los dos santos hermanos á la cárcel, cuando Tarquiniano, asesor del prefecto, le representó que si no quitaba presto la vida á aquellos dos caballeros, se aprovecharian del tiempo para repartir todos sus ricos bienes á los pobres,

y nada se encontraría para el fisco. Hizole fuerza este dictamen, y mandó que al punto fuesen llevados al templo de Júpiter para que le ofreciesen sacrificio, y en caso de resistirse, que les quitasen la vida.

Luego que se pronunció esta sentencia fueron entregados los dos santos mártires á un ministro, llamado Máximo, para que los condujese al suplicio. Admirado Máximo de verlos tan alegres, les preguntó la causa de aquella extraordinaria alegría. *¿Pues no quieres,* le respondieron los dos fervorosos hermanos, *no quieres que no quepa el gozo en nuestros corazones, viendonos ya en el término de esta triste vida, que propiamente es un miserable destierro, para dar principio á otra vida colmadamente feliz, que jamás se ha de acabar? Pues qué,* replicó Máximo, *¿hay otra vida mas que esta? Y como que la hay,* respondió Tiburcio; *nuestra alma, que sola siente la alegría y la tristeza, es inmortal, y despues de esta vida tan corta, tan llena de miserias y trabajos, hay otra que no tiene fin. Esta es dichosa y feliz para los cristianos que mueren santamente; y al contrario es eternamente desgraciada para los que no fueren cristianos.*

Penetrado Máximo de esta verdad, dijo á Tiburcio: *Pues á ese precio yo quiero ser cristiano; y desde luego hago voluntariamente sacrificio de esta mi corta y miserable vida. En esa suposicion,* le dijeron los dos Santos, *haz que se suspenda hasta mañana la ejecucion de la sentencia; llévanos á tu casa, y esta noche recibirás el santo bautismo, para que en el mismo punto de nuestra muerte veas por tus propios ojos un rayo de la gloria que gozaremos.* Hizose todo así. Aquella noche concurrió secretamente á casa de Máximo la misma Sta. Cecilia, y con sus fervorosas exhortaciones escitó en todos aquellos nuevos cristianos mas vivos y mas encendidos deseos del martirio. Al dia siguiente, en el mismo punto en que fueron degollados los dos santos Valeriano y Tiburcio, vió Máximo sus dos resplandecientes almas como dos luminosos astros, conducidas en manos de ángeles á la gloria, de donde se desprendía un brillante resplandor que le deslumbraba. No pudiendo contenerse ni reprimir las lágrimas, prorumpió en estas exclamaciones: *¡O generosos siervos del verdadero Dios! ¡ó qué dichosos sois! ¡ó quién pudiera comprender la gloria que gozais, y yo estoy viendo con mis propios ojos! ¡ó si pudiera yo lograr la misma suerte que vosotros, ya que tengo la dicha de ser tambien cristiano!* A esta ruidosa conversion de Máximo, uno de los principales ministros del prefecto, se siguió la de otros muchos cristianos, y presto